

tes de su muerte, y no en San Ángel, sino en la Hacienda de Santa Ana (díganme si las coincidencias de la historia no resultan francamente inverosímiles). Ahí, tras haber sido puesto al borde de la muerte por un pedazo de metralla, los médicos le amputaron la mano en un intento desesperado de salvarle la vida; el remedio funcionó y el general sanó, mató al Primer Jefe (y a otros caudillos), ocupó la presidencia, se aferró todo lo que pudo a ella, y habría logrado la paradoja de reelegirse indefinidamente para proteger el legado antirreeleccionista de Madero, de no ser porque alguien le tomó la palabra y llevó a la acción lo que el presidente electo había dicho poco antes de su magnicidio: que moriría el día en que alguien estuviera dispuesto a dar su vida a cambio.

Pero nos legó su mano, como involuntario pero contundente monumento al dedazo con el que sus compinches y discípulos honrarían su memoria. El más teatral de los monumentos, pues, aún en formol, su naturaleza era efímera, como la del hecho teatral. Quienes tuvimos oportunidad de asistir a ese prolongadísimo espectáculo (que se anticipó décadas a las propuestas de los instalacionistas contemporáneos) difícilmente olvidamos la peculiar experiencia de bajar las solemnes escalinatas del mausoleo para derivar en un frasco lleno de líquido amarillento, en el que flotaba una mano guanga y deshilachada.

Sobre cada uno de estos asuntos he imaginado escribir alguna obra de teatro; en alguna ocasión, incluso, comencé a redactar un borrador. Pero (con excepción de las voces del Más Allá que asesoraban a Madero, que utilicé en *Lascu-ráin o la brevedad del poder*), hasta ahora, por diversos motivos, no he completado ninguna. Quizás algún día lo haga; por el momento, hay suficiente empacho mediático: al paso que vamos, el primero de enero de 2011 la gente suspilará con alivio, rogando a Dios no tener que volver a escuchar sobre la Independencia ni sobre la Revolución en los próximos cien años. ~



Un extraño hormigueo parece recorrer las entrañas y agitar la sangre de las identidades subterráneas cada vez que se acerca septiembre, en particular este año. Pero no se trata del Bicentenario de la Independencia ni mucho menos; sucede que bajo toda la parafernalia patriótica y la discusión sobre el punto en que se encuentra México a dos siglos de su conformación, ha quedado oculta otra fecha conmemorativa de importancia mayúscula para la Ciudad de México, una cuyo impacto en la sociedad capitalina de inicios del siglo XXI también ha sido fundamental.

Hace ya un cuarto de siglo que la ciudad se caía literalmente a pedazos, en específico el Centro Histórico y las colonias aledañas. El temblor del 19 de septiembre de 1985, que no sólo sacudió los cimientos de los edificios sino también los pilares de un sistema corrupto que había permitido la construcción de dichos inmuebles sin la calidad ni la cantidad requerida de materiales, en una urbe donde los temblores casi eran —y siguen siendo— el pan de cada día.

Pero de las grietas causadas por el desastre natural salieron expulsadas bandas de rock contestatario, obras de teatro que criticaban al poder y movimientos políticos que denunciaban a los gobernantes; y con el ojo de la prensa de todo el mundo clavado en la desgracia de los habitantes de la ciudad, cualquier movimiento autoritario del partido en el poder —como los que acostumbraba desde décadas atrás— habría sido contraproducente ante la comunidad internacional.

Por las grietas no sólo salieron artistas, sino también diversos periodistas, que ya habían comenzado a ser mucho más críticos desde algunos años atrás, que informaban y al mismo tiempo podían revelar atrocidades del gobierno; los telefonazos de Gobernación para acallar a periodistas, caricaturistas y columnistas fueron menos frecuentes, pues nadie esperaba que un fenómeno natural desnudara la corrupción a tal grado que no hubiera defensa posible.

Encima de todo, la capital pudo ver las heridas que aún conservaba desde las ma-

Identidades subterráneas Conmemoraciones septembrinas

BRUNO BARTRA

tanzas estudiantiles de 1968 y 1971, y quedó claro que aún sangraban y dolían. Desde hacía décadas que se inflaba un globo con crítica y rabia, un globo cuya explosión se contenía con una coraza de censura y autoritarismo; pero el temblor de 1985 golpeó de tal forma dicha coraza que estalló el globo, y desde ese momento toda esa crítica y rabia se expresó por las calles, pero mezclada al mismo tiempo con la solidaridad.

Antes de que el presidente de la República supiera cómo reaccionar ante la catástrofe, los pobladores ya se habían organizado: se formaron los topos —brigadas de civiles que se aventuraban debajo de los escombros para sacar a los sobrevivientes— mientras que los artistas mencionados realizaban conciertos y obras de teatro que a su vez se convertían en centros de acopio para los damnificados. Cuando todos reaccionaban para levantarse de la desgracia, el gobierno seguía pasmado, se negaba a la ayuda exterior e incluso ordenaba a las fuerzas del orden que impidiera la labor de los topos. Ya no hubo dudas para los habitantes de la ciudad sobre quién estaba de qué lado; y aunque el castigo en el voto popular se hizo evidente con la primera elección de Jefe de Gobierno en 1997, era claro que si se hubiera suprimido antes la figura del regente, la ciudad habría sido gobernada desde tiempo atrás por la oposición.

En medio del bullicio de culturas subterráneas, el rock, que llevaba casi 15 años de prohibición tras el Festival de Avándaro, se vistió de luto, a pesar de que el fenómeno natural también lo catapultó a la superficie;

el edificio del Centro que habitaba “Rockdrigo” González se derrumbó, y el músico se convirtió en el primer mártir del rock nacional. Y es que la carrera de dicho músico iba en pleno ascenso, pues en todas partes hablaban maravillas de él, y sin duda sus letras tenían un carácter que pocos tenían en esa época: plenas de ironía, humor negro y crónicas cotidianas urbanas, las cuales contenían bombas críticas ocultas tras metáforas, en una hábil maniobra para evadir la censura. En su momento se le alababa como uno de los únicos roqueros de calidad netamente mexicanos, aunque se le guardaba respeto a Alex Lora, y es verdad que ya se estaban “cocinando” bandas y discos icónicos como los de Botellita de Jerez, Caifanes, Jaime López, Maldita Vecindad y El Personal.

Pero a un cuarto de siglo del temblor, los artistas jóvenes, en particular los del mundo del rock, parecen ser casi ajenos al temblor. Una buena parte de ellos no había siquiera nacido, y otra parte sabe que estuvo ahí, aunque no recuerda nada en absoluto. Sin embargo, ni la industria ni las múltiples subculturas en torno al rock, como tampoco las diversas manifestaciones críticas en las demás disciplinas artísticas, podrían darse de la misma forma sin esa catástrofe. Aunque el globo estaba inflado y era inminente que estallara para una nueva época de creación artística libre

del yugo de la censura, donde fuera posible, si se deseaba, mentarle la madre directamente y a todo pulmón a las autoridades, la pregunta era: ¿cuándo se daría el cambio?, ¿cuándo podría estallar el globo? Es difícil que el gobierno pudiera frenar la explosión, pues si no era el temblor, era San Juanico o la crisis de 1982; algo reventaría, pero quizá se habría demorado algunos sexenios, quizá la alternancia en el poder se habría dado seis o doce años después.

Así que en este mes de septiembre tal vez haya algunos que brindemos y festejemos, pero porque hace 25 años inició un auge en la cultura contestataria que ha permitido que hoy se puedan publicar diariamente cartones y artículos que critican tenazmente y se burlan del poder, o que un joven le pueda gritar al presidente en su cara que es espurio, a pesar de que el funcionario le esté dando un premio.

El Bicentenario es un motivo para reflexionar sobre dónde estamos como nación, y una de esas reflexiones, precisamente, puede partir de cuestionarnos por qué la libertad es mucho más joven que la independencia y por qué no son sinónimos. ~